

PREGON DE LA FIESTA EN HONOR A SAN ISIDRO LABRADOR

GUARROMAN 19 DE MAYO DE 2009

Queridos paisanos:

Sentí una enorme satisfacción cuando recibí la comunicación de que la Junta Directiva de la Hermandad de San Isidro Labrador, me había propuesto como pregonera de las Fiestas de este año 2009.

Tan grande era para mí el honor y la alegría de estar entre vosotros, que acepté en el momento, pues se me presentaba la oportunidad de anunciaros el comienzo de una nueva feria en honor de San Isidro.

Quiero que sepáis que me siento muy honrada y muy agradecida de que os hayáis acordado de mí.

Quiero también agradecer al presentador los elogios que ha realizado de la figura de la pregonera, pero tengo que reconocer que mi único mérito es el cariño que le tengo a Guarromán y ser hija de este pueblo. Si algo he conseguido profesionalmente, tampoco es mérito mío porque se lo debo a mi marido y a mis hijos que en esta tarea diaria han sido mis más estrechos colaboradores.

Deseo de todo corazón que el Santo Patrón del Campo, San Isidro Labrador, me ayude a haceros agradable esta noche con un pregón en el que por encima de todo, deseo recordar como era nuestro pueblo en otra época, en mi época de niña.

La misma noche que me llamó Valentín Caballero para comunicarme la noticia, antes de acostarme, ya estuve leyendo una biografía de San Isidro. ¡Que gran santo tiene por Patrón nuestro pueblo! E inmediatamente de lo profundo de mi corazón salió una oración que desde entonces, repito con frecuencia: "Protege a mi pueblo y líbralo de todo mal".

Es verdad que los patronos de Guarromán son el Sagrado Corazón de Jesús y la Inmaculada Concepción, pero no es menos cierto que San Isidro siempre ha supuesto algo muy especial para los guarromanenses. Posiblemente, no haya sido ese patrón tradicional de los pueblos, pero San Isidro era y es el símbolo de la alegría y de las fiestas de nuestro pueblo. Para los que hemos nacido en Guarromán, el 15 de mayo no es una fecha más del calendario, es un día mágico, es el día de la Romería. Cuando nos visitaba alguien siempre decíamos al despedirnos: "Tienes que volver para San

Isidro” o “no dejes de venir para San Isidro”. Incluso recuerdo una coplilla que me enseñó mi madre. Se les cantaba a los misioneros después de una de aquellas grandes misiones que celebrábamos en el pueblo:

“Padre misionero dígame a Don Juan que *pa* San Isidro le vuelva a llamar”

Guarromán, pueblo alegre, hospitalario y generoso siempre ha querido hacer partícipes de sus fiestas a quienes nos visitaban y la verdad, nadie se ha ido defraudado.

He tenido la oportunidad de revisar en estos días muchos escritos de tantos autores que hablan sobre San Isidro. Don Diego de Salas Barbadillo narra su vida así: “De procedencia mozárabe, es devoto de Nuestra Señora de Atocha, parroquiano de San Andrés, obra los siguientes milagros: la multiplicación del trigo al alimentar a las palomas, los ángeles arando, el milagro del lobo rezando en la iglesia de la Magdalena, resucita a un caballo de su amo, milagro de la multiplicación de la comida con los pobres, y el milagro de la fuente”.

Lope de Vega y Calderón de la Barca entre otros autores, escribieron varias obras dedicadas a la vida y milagros del Santo donde se encuentran versos hermosísimos. Me gustaría destacar los que Lope pone en boca del Santo: “*Señor, enseña mi fe, sed vos el maestro mío, porque solamente en vos lo que he de saber confío*”.

Pero no sólo se le conoce a través de la literatura, también ha sido representado en numerosas ocasiones en las Bellas Artes. Pintores como Alonso Cano representa *El milagro del pozo*, uno de los cuadros más hermosos de la pintura barroca, o como Ramón Bayeu, que también pintó a los Santos Labradores.

Tampoco os voy a dar grandes citas de cuándo y por qué se instaura estas fiestas y esta romería. Sólo quiero deciros mis vivencias y mis recuerdos como hija de este pueblo. Yo quiero que mi pregón salga del alma porque en el alma llevo a mi pueblo.

Los más jóvenes quizás os sorprendáis de la actividad que los chiquillos teníamos, sin televisión, ni videojuegos, ni ordenadores, pero nos faltaba tiempo, jamás nos aburríamos. Los mayores sí que recordaréis muchas cosas conmigo.

Aquí, en mi pueblo pasé una infancia feliz. Formaba parte de una familia especialmente numerosa. Mis abuelos llegaron a Guarromán en 1909, hace ahora cien años, y aquí se quedaron con sus siete hijos, que también permanecieron en el pueblo, y sus 20 nietos, mis primos. Constituíamos una familia unida y profundamente cristiana, y así me considero.

Mis padres, a mis hermanas y a mí, nos enseñaron que los valores de la honestidad, la honradez, el respeto a todos y la libertad adecuada debían regir nuestras vidas. También de ellos aprendimos a querer a nuestro pueblo al que consideraban como suyo, a pesar de no haber nacido aquí, y supimos por nuestros padres que sin fe, sin esperanza y sin amor no podíamos ir por la vida.

Los de mi edad, sabéis que jugaba en la calle con todos, recorría el pueblo de arriba abajo, del Santo al barrio y de las casas nuevas a la Venta. Lo mismo me daba ir detrás del ciego que cantaba coplas que del pregonero. “¿Qué dice?”, me preguntaban y yo respondía: que acaba de llegar el “pescao” a la pescadería. Cuando me cansaba, tenía la rayuela pintada en la puerta de mi casa o los “santicos” o los alfileres o los botones preparados y a todos los chiquillos que pasaban les preguntaba: “¿Juegas conmigo?”. Unos me decían que sí, pero otros no querían: “porque tienes vicio” me contestaban.

Los inviernos en Guarromán eran crudos, hacía mucho frío, más que ahora y había que ir a la escuela. Tengo grandes recuerdos de todas las que compartíamos las clases y los recreos. En una ocasión nos preguntó la maestra: “¿Quién manda en los pueblos?”. Los “rizos” contestó alguien sin dudarlo, pero en el pensamiento de muchas y quizás también en el mío hubiera sido decir “los guindillicas”, el guarda del jardín al que traíamos por la calle de la amargura. Primero nos observaba atento desde su caseta verde, luego nos gritaba y por último nos tiraba la garrota. El municipal, con su traje gris, y el guarda del jardín nos imponían un gran respeto, ¡aquellos si que mandaban de verdad sobre la chiquillería!

No puedo dejar de mencionar las novenas a la Inmaculada, después de cenar, y con aquel frío que no sentíamos, porque aquello era una verdadera fiesta. Y las Navidades, primero los ensayos, casi un mes ensayando, porque se nos echaba el tiempo encima y después pedir el aguinaldo por las calles. Yo siempre iba de mochilera, ese era el precio que tenía que pagar por ir con las mayores. Luego el reparto de lo conseguido, sólo para las que habían ensayado debidamente y habían cantado. Y la misa del Gallo

y como todos en el pueblo éramos una misma familia, nos juntábamos en la calle a cantar villancicos.

Pero en el invierno también teníamos las candelarias, y cuando salíamos de la escuela había que ir a acarrear ramón para hacer la lumbre, y que fuera lo más grande posible, y cantar al corro alrededor, y algunos atrevidos hasta se aventuraban a saltar. Más de uno acabábamos chamuscados.

Y qué me decís de los carnavales, entonces prohibidos, lo que nos gustaba vestirnos de máscara con la careta de trapo y el soniquete: “qué torpe que no me conoces”.

Las Semanas Santas sin recogernos, empezábamos el Domingo de Ramos con las palmas a hacer cascabeles, piñas y cruces. Dejábamos peladas las palmas que había que rizar para colocarlas en el balcón. Después había que montar el monumento para el Jueves Santo, y de una procesión a otra, de los oficios a la hora santa y al pregón de las Siete Palabras. Y ya llegaba el domingo de Pintahuevos.

Las primaveras eran especiales. Venía el mes de mayo y teníamos que montar los altares con la mejor sábana que tenían nuestras madres, bajar a por el álamo y las flores y ensayar los versos para decir a la Virgen.

Precisamente, uno de mis primeros recuerdos de niña son los programas de las Ferias y Fiestas en Honor de San Isidro Labrador. Sentíamos una alegría indescriptible cuando la banda de música tocaba la diana por las mañana. ¡Que deciros de los bailes y verbenas populares!, del castillo y de la vaquilla de fuegos artificiales la noche de 14 de mayo. Y al día siguiente la romería a Piedra Rodadera, montados en el carro de mis abuelos debidamente engalanado.

Pero también recuerdo como se sentaban en la calle los mayores en el verano para tomar el fresco, mientras los chiquillos jugábamos al escondite y contábamos historias y cuentos. Algunas noches íbamos al cine de verano, con el botijo, en aquellas sillas de enea que se clavaban, pero que no lo notábamos. Aquello nos parecía todo un lujo y teníamos que ir pronto para coger una silla medio nueva.

¡Y cómo no! El paseo los domingos en la carretera y las merendicas al Puente Collado; por las tardes a las eras a montarnos en las trillas, y los ensayos para los teatros ¡Qué afición teníamos a disfrazarnos y a los teatros!

Luego la adolescencia y la juventud con un único pensamiento: que llegaran las vacaciones para volver al pueblo, no era sólo venir a mi casa, era volver a mis gentes, mis vecinos, mis amigos, mi familia. Los guateques, cada domingo en un patio, con el “pick-up” y los discos rallados y la orza de ponche, con su melocotón y todo. También fue para nosotros un gran acontecimiento ganar el primer premio de carrozas durante las fiestas de San Isidro del año 1967, en el centenario de la fundación del pueblo, algo de lo que nos sentíamos tremendamente orgullosos. Le ganamos hasta a la carroza de mi hermana Mary, que ese año era la reina de las fiestas.

Y en mi memoria, siempre los olores de mi pueblo. Aún recuerdo cuando llegaba la primavera el olor a las dos grandes mimosas del jardín (flores que desde entonces son mis preferidas); el de los dos cinamomos a los lados de la fuente de Taza, con su profundo aroma a lilas; el de los eucaliptos que había en lo que ahora es el paseo, donde pasábamos gran parte de nuestra vida jugando a la rayuela; el de los jazmines de todos los patios; el olor a paja que en el verano venía de las eras, y el de la juncia el día de Corpus Christi.

Pero no podemos hablar de Guarromán sin mencionar al olivo, símbolo de victoria, de paz y de reconciliación. La Biblia relata como Noé soltó una paloma para saber si la ira de Dios se había aplacado. Ésta regresó al Arca con una rama de olivo en el pico, como testimonio del final del Diluvio Universal y de que la vida volvía a florecer en la tierra.

El olivo, ese árbol milenario, ha transmitido a Guarromán su idiosincrasia y les ha dado a sus gentes su temperamento. De mi recuerdo no he querido borrar a aquellos aceituneros, a las mujeres con su refajo y a los hombres con su vara, de camino al tajo. Desde aquí mi agradecimiento y mi reconocimiento a todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo que con su sacrificio y valor en épocas difíciles y de gran estrechez hicieron de este pueblo el lugar donde hoy nos encontramos. Hoy recogemos el fruto que ellos sembraron, que sepamos transmitir a nuestros hijos y a nuestros nietos el legado de aquellos aceituneros. El máximo valor de esta tierra es su gente. Si Guarromán es un pueblo grande, no es por el número de habitantes, lo es por sus gentes ¡Qué grande es ser y sentirse de un pueblo como Guarromán! ¡Qué orgullo tener un pueblo como el nuestro!

Con el paso del tiempo me he ido dando cuenta de que Guarromán lo constituíamos una gran familia, que todo lo compartíamos y que de todo participábamos. Pueblo agrícola y como dice Cicerón en su obra *De officiis* (Libro 1, cap.42): “el oficio más hermoso, el mejor, el más abundante, más delicioso y propio de un hombre de bien y libre es la agricultura”. Formado por labradores recios que forjaron nuestro carácter y de quienes aprendimos sus valores, y que con la vista siempre en el cielo y el sudor de sus frentes esperaban sus cosechas. Por eso la Hermandad de Labradores y Ganaderos de Guarromán allá por el año 1946, nombraron como patrono a San Isidro Labrador: “A ninguno Isidro el Cielo, premió por arar tan bien, porque fuisteis sólo quien, aró con el Cielo el suelo”.

He intentado refrescar la memoria sobre algunas costumbres de nuestro pueblo, además de recordar anécdotas de nuestra infancia, pero no es menos cierto que agua pasada no mueve molino, y no soy de las que creen que cualquier tiempo pasado siempre fue mejor. Por eso no puedo dejar de mencionar a nuestros jóvenes de Guarroman. Ellos representan el futuro, saben trabajar y estudiar y me consta que divertirse como nadie. Sentiros orgullosos de nuestro pueblo y de sus gentes, labradores de corazón noble que se crecían con el dolor. Sed capaces de recoger el legado que han dejado vuestros mayores y de trasmitirlo a las generaciones venideras.

No quiero terminar sin mandar un abrazo afectuoso a todos los guarromanenses que por distintas circunstancias no pueden estar hoy con nosotros, pero que su corazón se llena de nostalgia cuando llegan estos días. Un saludo entrañable para todos los que no habiendo nacido en el pueblo se han integrado entre nosotros y en nuestras costumbres y a todos los forasteros que hoy nos visitan, sentíos como en vuestra casa. Mi recuerdo y mi agradecimiento para tantos y tantos seres queridos que ya no se encuentran aquí y que comparten nuestra alegría desde allá arriba. Ellos nos enseñaron lo que somos y desde la pradera del Cielo, se sienten orgullosos de cómo hemos ido creciendo en los valores que ellos sembraron.

Para concluir quiero destacar, como docente que soy, que las cualidades de nuestro pueblo son la hospitalidad, el saber compartir y la alegría. Estas cualidades se ponen especialmente de manifiesto en las Fiestas de San Isidro.

Pidámosle al Santo alegría, salud y trabajo y que nos conserve la entrañable simpatía y los valores que siempre nos han caracterizado.

Ahora guarromanenses gritad conmigo:

¡Viva San Isidro Labrador!

¡Viva Guarromán!

Un abrazo y felices fiestas a todos.

Marce Arazola Arauz